

EDIPO Y LOS RIESGOS DEL TRONO EN EL ESTOICISMO DE SÉNECA

LÍA MARGARITA GALÁN*

La comparación de las tragedias de Edipo conservadas ha tendido a incorporar supuestos que conducen habitualmente, con variantes menores, a similares conclusiones: la posteridad que admira a Séneca el moralista, y bastante menos al Séneca filósofo y al Séneca dramaturgo, se esfuerza con notoria benevolencia por mostrar que el Edipo latino –a primera vista una especie de olvidable profanación de la consagrada forma griega– es un fruto tardío¹ aunque bien intencionado de los pocos pensadores que Roma puede reclamar. Edipo de Sófocles se ha constituido en el modelo y la medida: ha sido atendido ya por Aristóteles y llevado a su particular apoteosis en el mundo moderno por una extendida cultura nacida del romanticismo alemán, que culmina en las teorías freudianas y su descendencia. Es inusitadamente ardua una tarea hermenéutica emprendida en tales condiciones. Exigiría, sin duda, revisar los cimientos del pensamiento moderno en sus múltiples interrelaciones y reponer el encuadre histórico, social y geográfico de juicios sobre la cultura antigua que se imponen como objetivos y atemporales. La valoración romántica de la antigüedad griega, sublime y pagana, exuberante en sus producciones originales, frente a una Roma vencida por el tiempo, los vicios y la falta de imaginación, es algo que no puede desconocerse a la hora de enfrentar dos textos como los de Sófocles y Séneca².

* Universidad Nacional de La Plata.

¹ Lo tardío, lo epigonal, son conceptos casi eufemísticos para significar generalmente lo débil, sin fuerza ni originalidad, perdido en la superfluidad del ornato, muchas veces corrupto y vicioso, *i.e.* el repertorio del «decadentismo» que el pensamiento romántico ha sabido esquemáticamente reducir para caracterizar el modelo de sociedad típicamente condenable que se debía combatir; sin duda, este concepto de «decadencia» juega ya un papel preponderante en las luchas de la Reforma, al estigmatizar lo romano *in toto*.

² En relación con esto, transcribimos una cita de Ezra Pound que Jorge Uscatescu (*Tragedia y política*. Cuadernos de la «Fundación Pastor», 25. Madrid: 1980) consigna, sugestivamente, en el capítulo titulado «Séneca, poeta tragicus»: *The uncritical scholarly attitude has so*

Nuestra intención es destacar cómo muestra Séneca los riesgos del gobierno en *Oedipus Tyrannos*, obra en la que el Rey asume el papel relevante. No es posible ingresar en análisis de mayor minuciosidad sin recordar el especial significado que para Séneca tienen los personajes de la tragedia, nobles y elevados. El gobernante actúa como paradigma de lo humano en la medida en que todo hombre para ser tal debe constituirse en rey de sí mismo y gobernar sobre sus pasiones. Pero, a la vez, es visible paradigma para la comunidad, desde el momento en que se coloca en un lugar de preeminencia y encarna el *iustus rex* de la filosofía estoica. Un rey sin *humanitas* –una *humanitas* que incluye en especial la clemencia como rasgo destacable–, por desatender su naturaleza de hombre llamado a la perfección, corrompe su investidura de gobernante y se convierte en déspota. No sería pertinente suponer que la condición de rey de Edipo sea de irrelevante importancia para la significación de la tragedia, privilegiando con cierta exclusividad al Edipo-Hombre, en la medida en que se trata de la condición humana en el dolor y sus contactos con lo divino. Pero la relación entre gobernante y súbditos –inevitadamente presente en la historia– es distinta en cada caso, como lo son sin duda el autor y la audiencia que actúan en la producción. El sentido general que cobra lo que ocurre a Edipo en Sófocles, y los modos de relaciones que se manifiestan, se apoya, por sobre todo, en el hecho de que se trata del gobernante de una *polis*, en un esquema político de dimensiones reducidas, en tanto que Séneca piensa un *rex* que administra un extenso imperio, en los términos autorizados por la política secular de Roma. Y sin duda, esto último proviene no de una incomprensión de lo que proponía Sófocles en su tragedia, sino de la normal adaptación del mito a la realidad de quien lo recrea.

¿Cómo, pues, salvar las inmediatas «medidas» para leer el Edipo de Séneca sin que de antemano quede establecido que se trata de un producto menor, lo cual termina por significar un producto inferior?³ Creemos que se puede, al menos,

spread, that hardly a living man can tell you at what points the Latin authors surpass the Greek, yet the comparison of their differences is full of fascination. Because Homer is better than Virgil and Aeschylus, presumably, than Seneca, there has spread superstition that the mere fact of a text being in Greek makes it of necessity better than a text written in Latin – which is buncombe–. POUND, E. *Literary Essays*. Con introducción de T.S. Eliot. Londres: Faber & Faber, s.a. p.75; citado por USCATESCU, J. Op.cit., p.100. [El subrayado es nuestro]

³ Al respecto, son esclarecedoras las afirmaciones de T. Habinek (“Grecian wonders and Roman woe: The Romantic Rejection of Rome and its Consequences for the Study of Latin Literature”, 227–8. En: GALINSKY, K. ed. *The Interpretation of Roman Poetry: Empirisme or Hermeneutics?* Frankfurt a.M.; Bern; New York: 1992): *While Romantic legacy is a mixed blessing for all humanists, its costs have been particularly acute for Latinists, for, as I shall*

intentar ver otras posibilidades a partir de cierta aproximación a las condiciones especiales en las que se genera el discurso.

El Edipo que concibe Séneca se ajusta con firmeza a las notas características del héroe trágico que describe Aristóteles⁴. No obstante, la imagen que pueda haber tenido Séneca de la tragedia, su finalidad y su auditorio sin duda estaba ya alejada – y seguramente mucho– de la que pudiera haber tenido Sófocles. En este último, la necesidad de capturar la atención de un auditorio amplio, a plena luz y al aire libre, muy probablemente ha condicionado cierta economía de lenguaje y de efectos, el particular enlace de constituyentes para lograr la «simpatía» de los espectadores. En

argue, the construction of classical studies that arose during and immediately following the Romantic period involved the creation of a hierarchy between Greece and Rome that privileged the former and denigrated the later, and that worked, in particular, to aestheticize the study of Latin literature, removing it from a connection with Roman culture that might have made clear its relevance and intrinsic interest to contemporary society.

⁴ Consignamos las principales fuentes del mito de Edipo en sus marcadas variantes: 1. **Homero**: a. *Iliada* 23.679 ss. b. *Odisea* 11.271 ss. Edipo casado con Epicasta. No se menciona la liberación de Tebas de la esfinge, ni la autoceguera de Edipo, ni la expulsión de Edipo de Tebas. El mito de Antígona es post-homérico. 2. **Hesíodo**: referencias breves; poemas perdidos. 3. **Ciclo tebano**: la *Oedipodeia*, poema épico perdido según el cual los cuatro hijos de Edipo no eran nacidos de Yocasta, sino de la segunda esposa, Eurygancia (cf. Pausanias 9.5.11). 4. **Píndaro**: *Olimpica* 2.42 ss. cf. *Pit.* 4.263 «conoce ahora la sabiduría de Edipo». 5. **Poetas áticos (tragediógrafos)**: se conocen 8/9 posibles versiones de la tragedia de Edipo en dramaturgos griegos, en algunos casos sólo el título. Hay un *Edipo* de Esquilo casi desconocido (cf. AESC. Fr. 173 Nauck). Sólo aparece aquí la versión de los hijos del incesto; en general, los poetas o logógrafos querían rechazar esta versión por resguardar el favor de los dorios, algunas de cuyas familias se decían descendientes de los hijos de Edipo (Therón, rey de Agrigento, se decía descendiente de Polinices (PÍNDARO. *Ol.* 2 y escolios). 6. **Antímaco de Colofón (contemporáneo de Eurípides)**: escribe una *Tebaida*. 7. **Ferécides de Seros**: trata las leyendas de Tebas en cinco de los diez libros que contienen la tradición griega (MILLER, *Frag. Hist.* 1.85). 8. **Edipo en la tradición posterior**: Séneca (*Edipo* y *Las fenicias* – fragmentaria–). Según Dion Casio (63.28) Nerón cantaba una historia muy nueva, *Oedipus exsul* entre otras (*Orestes*, *Hercules demens*, etc.). Posteriormente, Corneille escribe un *Edipo* en 1657 basado en Séneca. Se conoce un *Edipo* de Dryden (1679), un *Edipo* de Voltaire, escrito en 1718 cuando tenía 19 años. Véase RICHARD C. JEBB. *Introducción a Sophocles. The Plays and Fragments. Part I. The Oedipus Tyrannus.* p. xii y ss. Existió un proyecto de Hegel de traducir el *Edipo* de Sófocles; aparecen referencias en Kierkegaard y Schopenhauer; Hölderlin escribe *Oedipus der Tyrann* en 1804. *Edipo en Colono* de Yeats; *Yocasta* de Jean Cocteau; *Edipo* de André Gide.

Roma, el lugar del teatro y de la tragedia es diferente, sin que la apropiación de formas culturales de prestigio que se reactualizan con nuevos mensajes sea considerada un desdoro en la *poiesis*, sino, contrariamente, un procedimiento normal de legitimación prestigiosa, ya entre los griegos largamente validado por el uso.

Cuando Séneca presenta a un *rex*, está poniendo en escena una síntesis del tipo y su defecto —que desencadena la tragedia—, en el lenguaje y con la retórica adecuados para que ese personaje y sus mensajes puedan ser recibidos con una básica benevolencia por parte de su auditorio. Este auditorio difiere profundamente del auditorio sofocleo, ya que Séneca escribe para un público imperial de intelectuales con sensibilidad elevada⁵. Un gobernante es el protagonista de la tragedia, y esto no es un aspecto accidental del personaje sino que puede entenderse en sentido casi esencial. El gobernante es el arquetipo de lo humano: no sólo porque un gobernante efectivo está llamado a ser la «cabeza» del cuerpo social, sino porque todo hombre es gobernante de su mundo individual⁶.

Séneca, a la vez, es también protagonista de su época dada sus relaciones con el gobierno y su conflictiva proximidad con el emperador. Al respecto, Séneca representaría, como señala Italo Lana, el modelo del intelectual bajo el Imperio, intentando compatibilizar las premisas del estado monárquico con los ideales estoicos de sabiduría y gobierno⁷.

Hay en Séneca una esencial preocupación por la situación del hombre individual en el marco político del principado, que obliga a redefinir viejos conceptos

⁵ Cf. USCATESCU, JORGE. Op. cit. p. 73.

⁶ Cf. *De Clementia*. II,2,1.

⁷ “*Chi si ponga tuttavia di fronte al problema politico che Seneca affrontò, alla necessità, cioè, di accettare il principato e, contemporaneamente, di elaborare una teoria chi offrìsse garanzie ai cittadini nei confronti dei principe, che in qualche modo ne limitasse i poteri, riconoscerà la positività dell'azione del filosofo: certo Seneca fu l'unico fra gli intellettuali romani del tempo del principato ad elaborare una soluzione per il problema politico fondamentale dei rapporti fra il principe ed i sudditi*”. Cf. LANA, ITALO. *Studi sul pensiero politico classico*. Napoles: Guida Ed., 1973. p. 412; y agrega: “*Per tutta la vita Seneca lottò per creare una società nella quale fosse possibile, oggi diremmo all'intellettuale, di giovare ai suoi simili. Egli non mette in discussione il principato: lo accetta come una realtà di fatto, dalla quale non si può e non conviene tornare indietro. Evidentissima, invece, in lui l'intenzione di orientare il principato in una direzione che consenta all'intellettuale di collaborare al reggimento del genere umano.*”

como *libertas* o *uirtus* en el contexto del Imperio, donde el *imperator* puede, llegado el caso, transgredir las leyes impunemente y cercenar las libertades de los ciudadanos sin que éstos puedan defenderse⁸. Así, Edipo resulta ejemplar en su concepción estoica, puesto que encarna al gobernante desviado que, introducido en el conocimiento de las cosas que son y que serán, se deja ganar por los privilegios aparentes de una condición falaz que puede conducir a la catástrofe si no se vigilan las apetencias personales.

Consideraremos, al respecto, dos breves pasajes del texto en los que Edipo dialoga con Creonte, que condensan las ideas acerca del poder y del gobierno que se entretajan en toda la tragedia.

En el primero, Creonte regresa de consultar el oráculo por pedido de Edipo, y trae una respuesta que no resulta suficiente:

CREON

Responsa dubia sorte perplexa iacent.

OEDIPUS

Dubiam salutem qui dat afflictis, negat.

CREON

*Ambage flexa Delphico mos est deo
arcana tegere.*

OEDIPUS

Fare, sit dubium licet.

Ambigua soli noscere Oedipodae datur.

v.211-216

CREONTE

Las respuestas yacen inciertas con suerte enigmática.

EDIPO

Quien da a los afligidos una salud dudosa, la niega.

CREONTE

Costumbre tiene el dios délfico de velar sus secretos en ambages tortuosos.

EDIPO

Habla, aunque sea dudoso. A Edipo solo le es dado conocer las ambigüedades.

Edipo recibe a Creonte que vuelve de consultar el oráculo délfico por su pedido. El oráculo entrega *dubia*, que para Edipo es *dubiam salutem*. Entrelíneas, aparece una

⁸ Cf. LANA, ITALO. *Ibid.*

sombra de desconfianza sobre Creonte, al afirmar Edipo que dar una salud dudosa es negar la salud, y esto parece estar dicho más a causa del portador del mensaje que por el mensaje mismo; Creonte entiende que es esto lo que está insinuando Edipo, y se ve obligado a responder con algo que, fuera de este contexto, parecería una obviedad: así suele hablar el oráculo délfico. Edipo, como hombre de estado, está dispuesto a obrar de modo rápido, privilegiando la ejecutividad de su poder. De este modo, se pone en evidencia que su situación de privilegio –por ser rey y por haber salvado en otro tiempo a Tebas– lo ha infatuado al punto de suponer que sólo las limitaciones del hombre común, cuando no las intrigas de los ciudadanos como Creonte, vuelven *dubia* las palabras del oráculo (*ambigua soli noscere Oedipodae datur*).

Esta declaración de Edipo mide lo que el ejercicio del poder ha obrado en él; sin duda, éste es uno de los rasgos más característicos del personaje, algo que pertenece al mito de Edipo y la historia de su acceso al trono tebano. Séneca parece querer subrayar que aún el acceso al trono por derecho propio no debe inducir a suponerlo estable: no es algo ganado o conquistado, no garantiza felicidad y mucho menos sabiduría, e incluso puede llevar a la ruina a quien olvida, en el ejercicio del poder, la inestabilidad propia de la condición humana.

Lo curioso es que Edipo no ignora esto, y no parece engañarse al dimensionar su situación. El trono es un bien falaz (*Quisquamne regno gaudet? O fallax bonum, / quantum malorum fronte quam blanda tegis! v.6–7*); su llegada al reino de Tebas ha sido en apariencia azarosa (*Caelum deosque testor, in regnum incidi. v.14*), y no producto de un curso previsible, como hubiera ocurrido junto a Pólibos y Mérope. Ha huido de lo que supone el reino paterno para evitar el nefasto vaticinio, en su voluntad de vivir según las leyes de la naturaleza (*Parum ipse fidens mihimet, in tuto tua, / natura, posui iura. v.24–5*).

Edipo habla con el repertorio estoico del *sapiens*, y en sus discursos abundan declaraciones de este tipo; sin embargo, en cuanto el personaje se pone en movimiento, se descubre la distancia que hay entre estas declaraciones y su modo de actuar. Y en tal sentido, el personaje senequiano representa una versión elaborada y cuidadosamente diseñada de la materia que se esboza en Sófocles⁹. Se trata del rey en situación de emer-

⁹ Para realizar este enunciado, hemos dejado de lado el principio filológico que afirma que la tragedia griega no puede ser superada y que en especial *Edipo* de Sófocles –tragedia que, para asombro de la filología alemana, no fue premiada en los festivales– es mejor y más perfectamente hecha que el *Edipo* de Séneca. Para consideraciones generales, véase el citado estudio de T. Habinek.

gencia política, o mejor, del hombre llamado a cumplir una función protagónica en el estado, en momentos en que la ciudad se encuentra asolada por la peste. Las dos pestes de Tebas –la Esfinge, y la enfermedad– encierran el ciclo más conocido de la historia de Edipo, y en Séneca queda muy evidentemente manifiesto que el trono es alcanzado por limpiar la ciudad de la primera peste, y perdido para limpiarla de la segunda.

Por otra parte, hay una historia oculta del personaje que perfila lo que después no sólo se volverá evidente, sino que actuará en desmedro del estado: la ira, y sus nefastas consecuencias. Quien se convierte en salvador de Tebas es quien ha asesinado a Layo; hay un trono vacante porque Edipo, sin saberlo, ha matado al rey en un episodio de pelea, donde el *furor* hace su obra. No obstante, las relaciones de los sucesos se ocultan de modo que Edipo puede hacerse cargo del reino sin considerarse en falta, sin suponer que el *furor* ocasional que lo lleva a matar a un transeúnte en un camino tenga algún tipo de incidencia en su biografía de salvador de Tebas.

En la historia de Edipo hay, además, variados interrogantes cuya respuesta siempre queda lejos de ser definitiva e incontrovertible. Uno de ellos entendemos que aparece respondido por Séneca, al menos de modo más acabado que en Sófocles. Uno de estos interrogantes está en la marcada distancia temporal entre ambas pestes, en ese especial hiato que pareciera suspender el curso de los acontecimientos para llevar a Tebas a un largo tiempo de bienestar cuando, en verdad, la segunda peste obedece a un hecho casi contemporáneo de la peste inicial, y el mandato de los dioses, tan urgente en el tiempo de la tragedia, no presenta razón aparente alguna. En otras palabras, la pregunta –en el mito, en Sófocles– es por qué si la muerte impune de Layo es lo que lleva a la peste tebana, y sólo castigando a su asesino Tebas se librá de ella, esto ocurre con tanta demora, después de un tiempo tan extendido que apenas se recuerda el episodio. Desde el primer día, es el asesino de Layo quien ocupa el trono, pero los dioses –y la sombra de Layo– no se muestran apremiados por reparar la justicia con el castigo sino que favorecen a Tebas y Edipo con una bienaventuranza que, como no podía ser de otro modo, lleva a pensar que el reino está en orden. Un día, sin embargo, casi por sorpresa, empieza la peste. Y el espectador se pregunta qué ha pasado, como se lo pregunta Edipo, y como se lo preguntan los tebanos. Según se mire, en Sófocles puede admitirse en esto una representación de la condición humana, sujeta a designios sobrenaturales que no conoce, llevada y traída de la felicidad a la infelicidad por una voluntad que no es la suya. Hay así, en Sófocles, algo que termina por emparentarlo con las corrientes modernas del pensamiento existencialista: la condición humana en su precariedad y sus limitaciones. Suponiendo que esto haya sido lo que ha buscado mostrar Sófocles –interpretación que sin duda puede ser contestada–, el Edipo de Séneca configura con cierta fuerza de evidencia, una respuesta distinta.

Entre ese Edipo que huye de lo que cree su propio reino siguiendo las leyes de la naturaleza, que desdeña un trono criminalmente obtenido, y el Edipo que aparece en la tragedia, existe el abismo del poder. Y en el programa estoico, quien ha despreciado un cetro amenazado por el crimen y las perversiones para guardar la naturaleza, está habilitado para ser un buen rey, ya que no es la codicia del poder lo que lo mueve a ocupar el trono. Séneca completa debidamente el hiato que separa las dos pestes y que presenta como la oportunidad humana. Edipo ha ejercido el gobierno de Tebas desde su altura de salvador y *sapiens*, y esta condición que obtiene el consenso de la ciudadanía, lo vuelve prepotente y fatuo; ha olvidado que la virtud es un ejercicio continuo y que el conocimiento es un largo camino de ascesis, todo esto olvidado por un Edipo que piensa el trono como algo propio y merecido gracias a su peculiar inteligencia. Así, Edipo no ha tomado el camino correcto: la corona ganada le pertenece por derecho propio, y el reinar le corresponde por ser el más inteligente, convirtiéndose así en un déspota. La peste lo despierta en su condición de hombre pervertido; el tiempo de la oportunidad humana ha terminado. Edipo recupera su aprendida versión de las cosas –el trono es un bien falaz, los hados son inexorables– que, de hecho, ha dejado de lado. El reino es un bien falaz sólo a partir de la peste, y aun así, es el bien máspreciado y por el que enfrentará a todos. Quienes lo rodean son traidores potenciales, intrigantes ansiosos por arrebatarle el poder a los que debe contener e incluso destruir, y ese conjunto de ciudadanos al que salvó y con el que estableciera una recíproca relación de benevolencia, es una masa que debe ser controlada por el miedo y la dureza de los castigos. Éste es el contenido central del segundo diálogo con Creonte que hemos tomado en consideración, que brevemente glosaremos ya que es por sí mismo elocuente.

Edipo es ya incapaz de separarse del trono, como lo hiciera en el reino de Pólibos. Creonte marca indirectamente la diferencia, observando la seguridad del *minore loco* (v.671–81):

*Egone ut sororem regia expelli uelim?
Si me fides sacrata cognati laris
non contineret in meo certum statu,
tamen ipsa me Fortuna terreret, nimis
sollicita semper. Libeat hoc tuto tibi
exuere pondus, ne recedentem opprimat:
iam te minore tutior pones loco.*

OEDIPUS

*Hortaris etiam, sponte deponam ut mea
tam grauia regna?*

CREON

*Suadeam hoc illis ego,
in utrumque quis est liber etiamnum status:
tibi iam necesse est ferre fortunam tuam.*

CREONTE

¿Pero querré yo que mi hermana sea echada del palacio? Si la sagrada fidelidad debida a un hogar próximo al suyo no me retuviera firmemente en mi estado, con todo, la Fortuna, que siempre me depara penas, me aterrará en grado sumo. Ojalá puedas quedarte seguro y sacudirte este peso para que no te aplaste; en lugar más bajo te pondrás más seguro.

EDIPO

¿Me exhortas, pues, a que espontáneamente deponga reinos tan graves como los míos?

CREONTE

Esto aconsejo yo a aquellos que están en situación de escoger libremente: para ti ya es necesario sobrellevar tu fortuna.

Creonte subraya la situación de Edipo, quien se ha convertido en prisionero del trono y ha dejado de ser *liber*, condición máxima de la sabiduría.

La esclavitud del trono incluye los miedos y las sospechas, el temor por la fidelidad simulada y la constante acechanza de la traición, que producen la intranquilidad del ánimo (v.682-5):

OEDIPUS

*Certissima est regnare cupienti uia,
laudare modica, et otium ac somnium loqui.
Ab inquieto saepe simulator quies.*

CREON

Parumne me tam longa defendit fides?

OEDIPUS

Aditum nocendi perfido praestat fides.

EDIPO

El camino más cierto para quien desea reinar es alabar las cosas módicas, y predicar el ocio y el sueño. Frecuentemente la quietud es simulada por el inquieto.

CREONTE

Tan poco me defiende tan larga fidelidad?

EDIPO

Entrada para dañar es para el pérfido la fidelidad.

En el programa estoico, el término *superuacua* comprende todas las apetencias mundanas y materiales que distraen del camino de la sabiduría y terminan por provocar insatisfacción e inquietud; es la desandanza fuera del camino por territorios que no tienen fin, ni punto de llegada, ni posible plenitud, ya que ni las apetencias materiales ni las apetencias de poder alcanzan en algún punto satisfacción. En el contrapunto dialéctico, Creonte manifiesta satisfacción por lo que le proporciona su actual estado, no teniendo en definitiva intereses materiales, mientras que Edipo contesta desde la codicia de *superuacua*, en donde no hay límite para las cosas *secunda* (v.687-94):

CREON

*Solutus onere regio, regni bonis
frigor domusque ciuium coetu uiget;
nec ulla uicibus surgit alternis dies,
qua non propinqui munera ad nostros lares
sceptri redundant. Cultus, opulentae dapes,
donata multis gratia nostra salus:
quid tam beatæ deesse fortunæ rear?*

OEDIPUS

Quod deest: secunda non habent unquam modum.

CREONTE

Libre del peso real, disfruto los bienes regio y mi casa es festejada por la concurrencia de los ciudadanos; no amanece un día sin que los vínculos estrechos que me unen al cetro no traigan a mi hogar abundantes dones. Atuendos, comidas opulentas, donados por muchos gracias a nuestra salud. ¿Qué consideraría que falta a tan dichosa fortuna?

EDIPO

Lo que falta: las dichas no tienen límites.

Edipo se ha convertido en un déspota para quien una sospecha tiene fuerza equivalente a una prueba, y que no sólo no considera estos márgenes opinables como oportunidad para ejercer la clemencia, sino que se apura a condenar ante cualquier sospecha, sin atención a la justicia (v.695-700):

CREON

Incognita igitur, ut nocens, causa cadam?

OEDIPUS

Num ratio uobis reddita est uitae meae?

*Num audita causa est nostrae Tiresiae? tamen
sontes uidemur. Facitis exemplum; sequor.*

CREON

Quis si innocens sum?

OEDIPUS

Dubia pro certis solent

timere reges

CREONTE

¿Seré condenado como culpable por causas desconocidas como si fueran conocidas?

EDIPO

¿Acaso te he dado razón de mi vida? ¿Acaso nuestra causa ha sido oída por Tiresias? Sin embargo, parecemos culpables. Hacéis el ejemplo; lo sigo.

CREONTE

¿Y qué si soy inocente?

EDIPO

Los reyes suelen temer las cosas dudosas como ciertas.

El episodio termina con el encarcelamiento definitivo de Creonte.

CREON

Qui pauet uanos metus,

ueros meretur.

OEDIPUS

Quisquis in culpa fuit,

dimissus odit; omne quod dubium est cadat.

CREON

Sic odia fiunt.

OEDIPUS

Odia qui nimium timet,

regnare nescit. Regna custodit metus.

CREON

*Qui sceptris duro saeuus imperio regit,
timet timentes: metus in auctorem redit.*

OEDIPUS

*Servate sontem saxeo inclusum specu.
Ipse ad penates regios referam gradum.*

CREONTE

Quien teme vanos miedos, merece los verdaderos.

EDIPO

Quien ha sido hallado en culpa, odia habiendo sido perdonado; perezca todo lo que es dudoso.

CREONTE

Así nacen los odios.

EDIPO

Quien teme demasiado los odios, ignora reinar. El miedo custodia los reinos.

CREONTE

Quien rige los cetros con duro imperio, teme a los que temen: el miedo se vuelve hacia su autor.

EDIPO

Guardad al culpable encerrado en la morada rocosa. Yo mismo volveré mis pasos hacia las moradas reales.

v. 701-8

Edipo ha llegado al límite de lo que puede soportar. En la confusión que le provoca una situación para la que no tiene respuesta segura, sólo piensa en resguardar su condición de poderoso y, en medio de miedos, sospechas y odios, decreta prisiones para los justos, para quienes, como Creonte, le muestran lo que no desean ver.